

## La existencia de Dios y otras preguntas extrañas

Kurt Wischin

Parece que me aproximo asintóticamente a un silencio platónico; tanto más claras me parecen las cosas, tanto más difícil encuentro palabras para expresar tal claridad. Antes de caer en silencio total (al menos sobre este tema) quiero visitar una aseveración que he defendido (creo) a lo largo de los ocho semestres que duró mi carrera (hasta ahora): ni la pregunta por la existencia de Dios, ni la respuesta a ella tienen sentido; aunque mi argumento ha variado – qué es precisamente mi motivo para visitar el tema, que en lo demás me parece ocioso.

Primero debo añadir una cláusula precautoria que solía olvidárseme o que creía no necesaria: “típicamente”. De hecho es fácil encontrar situaciones donde la pregunta “¿existe Dios?” sí tiene sentido, aunque no *el* sentido que típicamente le queremos asignar. El problema radica, precisamente, en que no hay tal cosa como *el* sentido.

Un uso típico de la pregunta, seguido por una respuesta (generalmente negativa) puede encontrarse en algún escrito de Russell o muchos de los positivistas lógicos. Ellos suponen primeramente que el lenguaje significativo sólo puede derivar su sentido de la experiencia en el mundo físico; y aunque hay enormes diferencias entre ellos acerca de cómo sería esta dependencia del mundo físico y qué consecuencias tendría, estarían de acuerdo, supongo, en algo así como esto: una explicación aceptable física y filosóficamente debe prescindir de principios no reducibles a eventos o entidades del mundo físico, respectivamente, proposiciones acerca de ellos; nada de explicaciones sobrenaturales. Es decir, Dios está excluido por definición de las explicaciones científicas. Otra afirmación sería, aproximadamente, de que se puede decir de algo que existe, si puede figurar en una descripción científica más o menos en el sentido aludido: debo poder dar una descripción de él en lenguaje científico. “Dios no existe” entonces, simplemente quiere decir “Dios no es una entidad física, y sólo las entidades físicas existen; es decir: sólo las entidades físicas son entidades físicas”. Si lo dijeran así, supongo, nadie tendría problemas. Pero, generalmente, un científico que afirma que Dios no existe, cree decir más que esto. Y es allí donde aplica mi percepción de que “Dios no existe” es una violación de sentido. No hay un juego de lenguaje así; el científico supone en esta situación la existencia de un significado universal, un juego de lenguaje de generalidad total, neutro y trascendental, que en la vida real no existe. Cuando hablamos del lenguaje, hablamos del lenguaje de la vida real, no de un lenguaje fuera de tiempo y espacio.

La situación cambia, cuando el filósofo de la ciencia no procede en monólogo, como supuse en el último párrafo, sino dialoga, digamos, con un católico profundamente creyente. Para el católico el mundo no consiste sólo del mundo físico en el sentido de Carnap y Neurath, sino está lleno de milagros, paca Hume. En la misa, v. gr., la hostia sufre una transubstanciación: aunque su forma no cambia para nada, *es* la carne del Salvador, la que con toda realidad se ingiere (no es un mero acto simbólico). Esto para un positivista lógico simplemente carece de sentido, entre otros motivos, porque –como ya dije– piensa que el sentido del lenguaje sólo es un derivado de los hechos que reporta, y a veces que estos hechos son lo que garantiza el sentido de las proposiciones (y *cómo* hacen esto frecuentemente le parece sólo una cuestión técnica de importancia menor). Si el católico y

el científico ateo disputan acerca de la existencia de Dios, parecen hablar de lo mismo, porque usan las mismas palabras. Pero en realidad están usando lenguajes inconmensurables y lo que el católico entiende por “Dios” y por “existencia” nada tiene que ver con lo que el científico entiende por estos términos. En este caso, típicamente, no hay diálogo, sólo la ficción de uno.

Ahora, qué sucede si nuestro católico, después de muchos años de fe profunda, de repente se hace la pregunta: “¿y en realidad – existe Dios?” Pues, le sucede algo parecido al científico cuando éste trataba de monologar acerca de la existencia de Dios. No hay duda mientras el católico se mueve en el juego de lenguaje de la fe. Dios es el supuesto natural de este juego de lenguaje, no hay una cuestión de si existe o no. Análogamente a como no cuestionamos las leyes de la gravedad cuando pesamos el queso en la tienda de abarrotes. Cuando el católico se hace honestamente la pregunta por la existencia de Dios, típicamente es porque quiere una respuesta más allá de los artículos de fe. Y en este caso le sucede algo análogo a lo que sucedió al físico ateo: tiene que suponer un sentido universal de su lenguaje que no se da. Por esto, la pregunta carece de sentido.

## **Epílogo**

Yo acostumbro compartir mis escritos con mi amigo Jorge, quien usualmente me salva de bastantes vergüenzas y locuras. Me señaló también en esta ocasión algunos errores de ortografía y sintaxis que atendí en la versión impresa que ustedes están leyendo.

Pero además me hizo unas preguntas de fondo y quiero ventilar una de ellas aquí; yo prometí al Dr. Juan Carlos que iba a compartir aquí con ustedes subproductos de la elaboración de mi tesis. Escribí el comentario arriba, porque aún no empiezo a trabajar en mi tesis. Pero resulta, que su tema me persigue por todos lados.

En una versión anterior del ensayito había descrito la transustanciación como un “cambio físico no detectable con medios de la ciencia”. Lo redacté así para hacer más visible la perplejidad que esto le debe causar al ateo positivista. Pero es una paradoja gratuita e imprecisa, como Jorge notó de inmediato y muy acertadamente.

Quiero presentar a continuación un extracto de nuestro argumento, que quizás sea, en realidad, más interesante que las ociosidades del propio ensayo:

Jorge: «...el punto es que los católicos... creen que el pan y el vino no sólo representan la carne y la sangre de Jesús, sino que realmente se han transformado en ellas, aún si no lo pueden ver o percibir en forma alguna. Es decir, es un asunto de fe precisamente porque es improbable en cualquier forma, ya sea científica o meramente sensorial. Por lo tanto, yo habría puesto "no es detectable en ninguna forma", o por lo menos "no es detectable empíricamente", en vez de especificar que no es detectable para los medios científicos.»

Yo no estaba de acuerdo y conteste: « No sé qué hacer con esto de "detectable por medios científicos" vs. "no detectable por medio alguno"; esto último me parece excesivamente radical. Sugiere que el católico tiene el mismo sentido de "detectar" que el científico o el empirista. ¿No lo puede detectar el hombre de fe en su corazón?»

Pero Jorge otra vez no estaba de acuerdo, aduciendo el sentido usual de “detectar”; él piensa que hablar de “detectar a Dios” aunque sea en el corazón, es un contrasentido. « si lo que quieres es evitar dar la impresión de que el católico piensa en términos equivalentes a los del científico, como por ejemplo, al hablar de "detectar por medios científicos" algo, entonces es mejor que cambies la palabra detectar por otra expresión, y así te evitas estas posibles confusiones. Después de todo, nunca he escuchado a alguien decir, en vez de "lo siento en mi corazón", algo como "puedo detectarlo en mi corazón".»

Confieso que “detectar en el corazón” es entendible, probablemente, sólo como metáfora. Pero la fe (en la transustanciación) no es fe justamente porque no sea comprobable (aunque lo cierto es, creo, que efectivamente muchos católicos así lo perciben). La posibilidad de comprobar el cambio de sustancia nada tiene que ver con el asunto. Y es precisamente esto, lo que trataba de señalar con el –quizás un poco necio- uso de la palabra detectar.

¿Cómo descubrió Kekulé la estructura del benceno? ¡En el sueño! Porque el descubrimiento consiste (como siempre también) en una adecuación gramatical: se hizo un ajuste del lenguaje representativo (aunque sea un símbolo gráfico).

El católico no nace con la comprensión de la transustanciación. Él convive en un mundo donde domina el lenguaje técnico-científico. Creer en la transustanciación es algo que tiene que ocurrir a contracorriente. ¿Donde puede descubrir la verdad del dogma católico, sino a través del lenguaje de este dogma? ¿Y no lo hará con el corazón? (es decir, mediante una intuición no discursiva, para decirlo en palabras menos románticas)

El tema de mi tesis sigue una sugerencia del erudito wittgensteiniano Garth Hallett: ¿cuánta autoridad asignar al lenguaje? Lo que mi discusión con Jorge parece dejar al descubierto es que una transustanciación, en la que no hay cambio físico detectable (que finalmente es la idea de la palabra, supongo), y que consecuentemente no es –realmente- físico, es una violación de sentido.

Pero la gramática es arbitraria; si una comunidad lingüística determina que existen cambios físicos que no se pueden detectar, no hay autoridad superior a esta determinación. La pregunta parece ser, entonces: ¿puede la gramática realmente determinar que la transustanciación es un contrasentido?

La coherencia misma del lenguaje (a la que se apela implícitamente en la reflexión anterior) es cuestión de un análisis lingüístico espacio-temporal; el uso de las mismas palabras nunca garantiza la expresión de un sentido coherente; la coherencia es algo que también la práctica lingüística tiene que establecer o rechazar.

Nuestro comportamiento lingüístico no se limita al reporte de hechos. Yo creo que podemos preservar la unidad del lenguaje, a la que no podemos dejar de aspirar, si comprendemos la fe como actitud (parcialmente lingüística) en lugar de entenderla como reporte: la fe en la transustancias *no es* una teoría acerca del mundo. El dogma de la transustanciación no tiene contenido fáctico (en el sentido normal de fáctico), sino es lo

que le guía al católico en su actitud hacia el mundo; la fe religiosa, parece ser, siempre es esto.

Lo que el católico, en el momento de duda, detecta en su corazón, es esta manera de ver el mundo –circunscrita con la palabra fe-, que simplemente no es conmensurable con las proposiciones que tratan de las propiedades físicas de un objeto o que reportan un hecho.

Julio de 2008